

La Memoria de la Mimbre

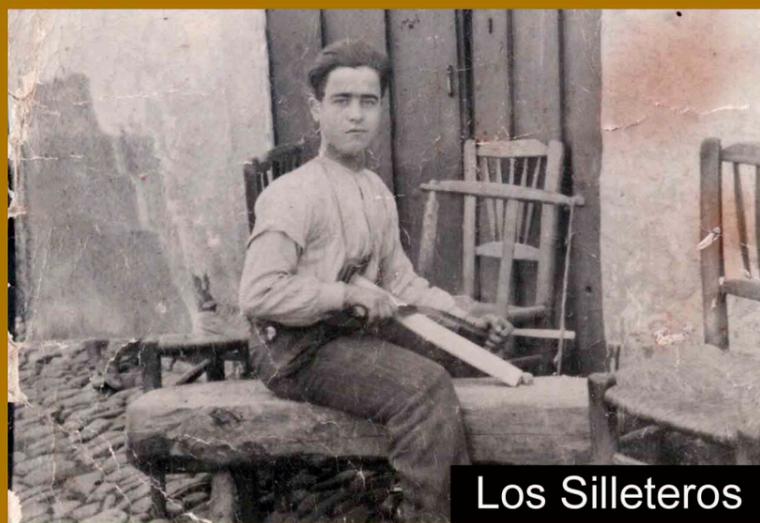
entrevista a nuestros canasteros

Encuentro Local
ARTESANOS
DE LA MIMBRE

30 de abril de 2012



Excmo. Ayuntamiento
de Los Villares



Los Silleteros

Fotografía: Pedro Peña

En Los Villares hay otra tradición artesanal que también merece la pena destacar, la fabricación de sillas. Según los datos que hemos podido contrastar, el primer villariego reconocido en el oficio es Lorenzo Liébanas Fernández, que inició su actividad en 1915, continuándola después el que durante años había sido su discípulo, Pedro Peña Parra. Su hijo, Juan Manuel Peña, que heredó el oficio de su padre y que a su vez a iniciado a sus hijos, nos explica que debido a la difícil situación económica por la que se atravesaba en aquellas época la mayoría de los vecinos de la localidad amueblaban sus casas poco a poco y acudían a ellos para que les hicieran algún encargo y muchos arreglos de desperfectos.

Es un verdadero espectáculo. Por mil razones, una entrevista con un grupo de los artesanos de la mimbre más veteranos. Naturalidad a raudales, brazos abiertos para colaborar, orgullo de haberse dedicado a esta profesión, y conversación, a ratos entretenida, amena, edificante, reveladora e incluso, en otros momentos, emotiva. El mundo que ha rodeado a estos hombres es tan cercano a cualquiera de nosotros como lo son ellos mismos. Acudieron puntuales a nuestra cita un lunes de abril a las 11 de la mañana, pertrechados con sus fotos, recortes antiguos de periódicos, fragmentos de un video emitido en una televisión autonómica y cuantos documentos gráficos acompañan a este texto. Objetos de lujo para cualquier investigador, que nos permiten llegar a comprender el verdadero potencial de esta tradición que quizás, si hubiese surgido en otra época, hoy se consideraría una rama del arte.

Hasta donde la memoria alcanza a nuestros contertulios, los orígenes de la artesanía de la mimbre se remontan al siglo XIX. Juan Miguel Ramírez Palacios, nos cuenta que aprendió el oficio de su padre, Francisco José Ramírez Delgado, un artesano que ya trabajaba en los años 30 del pasado siglo. Orgullosos de haber heredado el saber hacer de su progenitor, Juan Miguel nos explica que al principio se recogía la materia prima del entorno, aprovechando la retama de las sierras que nos rodean y las mimbres de los ríos Eliche y Riofrío. "Las primeras piezas que se trabajaban se hacían con la mimbre en basto porque se usaban para hacer las canastas de los hortelanos y otros aperos destinados a las tareas del campo", subraya Juan Miguel. En sus recuerdos también, la figura de un tío abuelo de su padre, uno de los primeros villarriegos que emprendieron la creativa labor de tejer y dar forma con sus propias manos a la retama, la mimbre o la sarga.



Francisco José Ramírez Delgado

El gran salto cualitativo lo supuso la idea de pelar la materia prima para fabricar piezas más finas, fundamentalmente objetos de ajuar que se fueron introduciendo poco a poco en el mercado. Fueron los hermanos Fernández Alcalde quienes primero se aventuraron en el negocio de comercializar sus productos entre los balnearios más cercanos, los que se ubican en Marmolejo y Lanjarón. José Fernández Molina comenta que su padre y su tío Eufasio se desplazaban hasta estas localidades a vender bandejas y fundas para los vasos en los que los clientes de los balnearios ingerían las aguas medicinales. "Somos tres las generaciones que nos hemos dedicado al oficio, a los canastos", enfatiza José Fernández. Con un gesto que se podría definir como de orgullo humilde aclara que "primero fue mi padre, luego yo mismo y en la actualidad, mi hijo José Luis que forma parte de los más jóvenes entre los que hoy en día todavía se dedican al oficio". En la familia de José la mimbre ha estado siempre presente y como prueba de ello nos muestra una foto de su hijo, José Luis Fernández, con apenas dos años, simulando que elabora un canasto.



José Fernández junto a su padre Eufasio Fernández Alcalde

El hecho de salir a comerciar los productos fuera del pueblo, al que nos hemos referido con anterioridad, y la creatividad de los que conocían el oficio, que fueron poco a poco adaptando sus labores hacia un mercado que demandaba diseño en los útiles de hogar, fueron aspectos determinantes para que algunas familias apostarán por crear una gran industria en torno a la artesanía de la mimbre.

Así, José Luis Manrique, encargado durante muchos años de una de estas marcas comerciales, nos explica que en los años 60 se innovó de manera considerable en el sector, empezando a "barrear" todas las zonas turísticas españolas, desde la Costa del Sol hasta San Sebastián. El auge del turismo que se vivió en esos años contribuyó directamente a que desde Los Villares se colocaron en el mercado miles de recuerdos que los extranjeros se llevaban a sus países. De ahí, los famosos burritos, las jaulas y un largo etcétera de artículos que salieron para Alemania, Inglaterra o Francia, y que todavía perviven la memoria colectiva.

España se nos quedó chica, comentan los artesanos entre risas, porque los villarriegos "empezamos a desplazarnos a las ferias de EE.UU, Tokio, Milán, París y Frankfurt". En este sentido, se sucedieron multitud de anécdotas protagonizadas en el extranjero por los comerciales que se afanaban en abrir otros mercados. Manuel Carrillo García, que junto a su esposa María fundó su propia empresa, nos relata alguna de ellas vividas en Alemania o en Francia. Nos cuenta que llegó a pasar hambre en Alemania, llevando el bolsillo lleno de dinero, por no conocer el idioma. E incluso, cuenta Manuel, que una vez para pedir un huevo tuvo que escenificar a una gallina. "Eran tiempos difíciles y yo aprendí a leer y escribir viendo novelas del oeste, imagínese yo cómo estaba en el manejo de otros idiomas", subraya Manuel. Sin embargo, nada frenó a este hombre que regresó a su pueblo tras cuatro años de residencia en Barcelona donde hizo todo tipo de trabajos relacionados con la construcción. En 1968 Manuel decidió emprender su propio negocio junto a María, su flamante esposa. De ella comenta orgulloso que fue la verdadera artista porque era ella quien sabía el oficio. "Yo



José Luis Fernández

fui más atrevido. Busqué mimbre en Cuenca, reuní a mis cuñados y me dediqué a viajar. Primero fui a Valencia, donde había mucha tradición, y luego a coger el tren y marchar a Francia y Alemania. Miles de anécdotas se vienen a su memoria como aquella vez que estuvieron a punto de detenerlo en Francia por no haber precintado la mercancía al pasar la frontera. Estos viajes hacían que se ausentara de su casa diez o doce días, pero como contraprestación," regresaba con la cartera llena de encargos.

Se alcanzó tal nivel de demanda de artículos que, prácticamente todo el pueblo llegó a trabajar en el oficio. Más de 2.000 personas viviendo de la mimbre, hasta el punto de que en cada casa había un taller. No sólo trabajaban en el sector los artesanos, sino que alrededor del mismo se generaba toda una cadena de empleos para facilitar la venta, el transporte, la recogida de la mimbre, etc. Los artesanos de Los Villares se hicieron con mucho renombre y de aquí salieron maestros que formaron a gentes de otras localidades, auspiciados por el Ministerio de Trabajo ante la certeza de que el sector era un nuevo yacimiento de empleo. Entre los muchos que salieron a transmitir sus conocimientos se encuentran Emilio Liébanas, José Luis Fernández, Carmen Rogríguez, Paquí Mena o José Luis Manrique. Este último llegó a desplazarse al penal de Carabanchel para enseñar el oficio a los internos. Así, hasta una larga lista de maestros y maestras que todavía siguen poniendo su saber al servicio de los demás, como es el caso de Manuel Alberjón, un artesano de 49 años de edad, que en la actualidad se encuentra formando a alumnos en Alcalá la Real.



Emilio Liébanas / Feria de Japón

Entre los años 60 y 90 del pasado siglo, la artesanía de la mimbre vivió su momento de más esplendor. En nuestra localidad había verdaderos maestros que fueron reconocidos a nivel nacional, como es el caso de Emilio Liébanas, proclamado en 1972 campeón nacional de cestería. Con tan sólo 26 años, Liébanas se alzó con su galardón consistente en el mencionado título y siete mil de las antiguas pesetas en metálico. Este artesano llevó el nombre de su pueblo a las más altas cotas de popularidad en el concurso que organizaba el Sindicato Nacional de la Madera. Pese a ello, Emilio es un hombre modesto que recuerda con una serenidad que embriaga aquel momento y en especial su llegada a Gata de Gorgos (Alicante), donde se celebró el concurso. Liébanas nos muestra el recorte de un periódico provincial que se hizo eco de la noticia un 11 de Julio de 1972.



María Ramírez Aguayo

Hubieron muchas mujeres que trabajaron y trabajan en la cestería, subraya María Ramírez Aguayo, una paisana de 70 años de edad que empezó a hacer canastos con tan sólo ocho años. Lo que sucede es que eran otros tiempos y las mujeres estaban en un segundo plano para figurar y en un primero para trabajar. Ella tuvo la suerte de cruzarse en su vida con Manuel Carrillo y juntos emprendieron su propia aventura empresarial. María, que a su edad sigue siendo bella, como el otoño cuando se resiste a salir, destila saber estar y apenas remarca la importancia de su hazaña, pero durante algunos años fue la única mujer que se atrevió a participar en los concursos que se organizaban en Los Villares. Estos concursos surgieron en 1980 a iniciativa de Antonio Parras, un empresario de la mimbre, que los impulsó en beneficio de la cofradía de San José y que estaban muy concurridos. A pesar de la época, esta mujer tímida que tenemos enfrente se midió año tras año con los mejores, y llegó a obtener varios premios locales. En concreto, dos segundos y un tercero. "Ay amor que despierta a las piedras, ay de aquel que no te sienta alrededor". Como reza la letra de la canción, Manuel asegura entre risas, mientras ella se mantiene en un discreto segundo plano, que de haber sido en la época en la que vivimos, en la que las mujeres son hasta árbitros de fútbol, a María le hubiesen dado más premios, pero en aquellos años era impensable que una mujer superara a un hombre.

Los pequeños de las casas también jugaban un papel determinante, aprovechando las vacaciones y los periodos estivales para pelar ramas de olivo, popularmente llamadas "varetas", que luego vendían a los fabricantes de espuelas y canastos. "Así nos sacábamos un dinerillo para las fiestas", comentan casi todas las personas con las que nos hemos entrevistado para recoger testimonios de la memoria de ésta tradición.

Casi da remordimiento terminar la entrevista siendo consciente de que se quedan muchas anécdotas de tardes de verano en cualquier taller, de conversaciones que repasaban las noticias de una radio que sonaba en cada casa, en una España que estaba cambiando. Quedan muchos y muchas artesanas con los que sentarse a conversar. Pero la tiranía del papel nos señala que tenemos que escribir el fin. Si de acercarnos a la historia humana de estos hombres y mujeres que se dedicaron al oficio de la mimbre se trata, creo que modestamente lo hemos conseguido. Una mañana de abril recibimos a un grupo de artesanos que llegaron puntuales a la entrevista y poco después despedimos a un grupo de amigos, que si me lo permiten ustedes, son un fenómeno.